

## tonalestate 2008 Las identidades negadas

El argumento que Tonalestate ha elegido es: la sociedad multicultural. Estamos yendo hacia una sociedad multicultural, en la cual las diferentes identidades -obviamente diferentes entre ellas -tienen un encuentro. El encuentro con lo diferente, con el otro, que ya entraba en cada aspecto de la vida del hombre, hoy es implicado, multiplicado y elevado a potencia por la globalización, tanto así que el multiculturalismo está volviéndose rápidamente y cada vez más un dato de hecho: multiculturalismo a nivel filosófico, religioso, hasta científico, a nivel político y económico, a nivel cultural como tal, etcétera.

O el multiculturalismo se convierte en injusticia y negación de las identidades (borrándolas y negándolas a través de la hegemonización de ellas o a su marginación), hasta provocar un choque de culturas y de civilizaciones (choque que ya tiene a sus enfaustos cantores), o se convierte en posibilidad de construcción de un diálogo humano, cultural y social decoroso y verdadero, a todos los niveles y en todas nuestras condiciones sociales: como trabajadores, como profesores, como estudiantes, como médicos, como científicos, etcétera. Sólo aceptando el clima social de un multiculturalismo respetuoso y dialogante, será posible estar presentes en la sociedad con una identidad y cultura, al mismo nivel con los demás, portadores de sus culturas e identidades, en un diálogo de fuerzas positivas y vitales, diálogo concreto, respetuoso, combativo en lo necesario y fecundo.

El título (“¡Papé Satàn, Papé Satàn aleppel!”) es un verso de la “Divina Comedia” de Dante Alighieri que expresa, en una lengua de propósito no inteligible, el grito de una mente demoníaca deformada; el sentido de las palabras es pues sibilino (aunque si muchísimos críticos y comentaristas han intentado explicar y traducir esta oscura expresión, probablemente tomada de formularios medievales). Pero el motivo por el cual la frase interesa a Tonalestate (como sugiere el subtítulo: “las identidades negadas”) es que ella puede ser vista como el icono del etnocentrismo y la rabiosa tentativa de impedir al hombre el encontrar el otro; en efecto, estas palabras son gritadas por Pluto (“el maldito lobo”, símbolo del afán de riqueza, que,



para Dante Alighieri, es la mayor de enemiga de la felicidad humana y del orden social) para parar al viaje de Virgilio y Dante, sobre el umbral del cuarto círculo de la cántiga dantesca del Infierno. La tentativa demoníaca de impedir a los dos la continuación del camino que les haría conocer otros mundos y haría luego llegar a Dante a la purificación es aquí asumido como símbolo de cada poder, de cada mentalidad y de cada cultura o religión que quiera impedir el diálogo decoroso y paritario entre las culturas, que

quieran obstaculizar el conocimiento del otro y de lo diferente, que obren para detener el hombre en las seguridades que ya están pasando (como canta el dicho: “quien se para está perdido”), que militen para volver imposible el contacto, el conocimiento y el respeto de las realidades humanas y sociales diferentes, todavía incomprendidas o misteriosas, señales de una realidad más grande que está “más allá”. La imagen es el detalle de una pintura de Henri Rousseau (llamado “el aduanero”): un feroz león hambriento, que podría arrojarse sobre la gitana dormida, en cambio se detiene y gusta el perfume. La gitana, mujer de los vestidos exóticos y perfumados, cuyo sueño está acompañado por una silenciosa luna y por la posibilidad de una melodía desconocida e inebriante, es el extranjero, es la identidad diferente, es una novedad que se presenta a la cultura y a la civilización más poderosa, las cuales, si sólo aceptaran de ellas el dulce perfume, se retendrían de despreciarla y destruirla.

La frase de Max Scheler, además, hace ver cómo, contrariamente a la furia de quien quiere obstaculizar y reducir todo lo diferente de sí a criatura espantosa y temible (como quiso el grito terrorífico del Pluto dantesco), la posición más decorosa es aquella que se dobla a salvar y a preservar lo diferente (como el león de Rousseau); pero eso es posible -así afirma la frase de Max Scheler- si el hombre y las civilizaciones tienen el realista sentido de la humildad, el cual reconoce el valor del otro diferente encontrado, pone en un diálogo al mismo nivel con él y se traduce en servicialidad hacia de él.

El encuentro resulta entonces para el hombre posibilidad y no negación, esperanza y no desesperación, servicialidad y no opresión.